

LA MINA SAN VICENTE DE LLUCENA EN 1901 (DEL PERIÓDIC "LAS PROVINCIAS" D'AQUELL ANY)

A continuació, per amabilitat de l'investigador Carles Pitarch Alfonso, que ens l'ha proporcionada, reproduïm una crònica apareguda a la premsa de València l'any 1901. Una crònica anònima firmada per "Un veraneante" que, per la seua similitud amb altres escrits similars, sospitem que podria ser de Carlos Sarthou Carreres. En ella, per primera vegada, trobem notícies concretes sobre la mina *San Vicente del mas de la Mina*; les seues produccions, treballadors, instal·lacions, etc. És sense dubte, un important document històric que, a continuació, posem a disposició dels nostres lectors.



EL VERANEO LAS MINAS DE LUCENA

Cómo explotan la mina de San Vicente los señores Roggen y López.- Aumento de trabajo y de productos.- Operaciones mineras.- El lavado.- La calcinación.- Visita a las galerías.- Impresión terrorífica.- Los trabajadores bajo tierra.- Al salir de la mina.

Lucena, 16 de septiembre de 1901.

Sr. director de Las Provincias.

Si ha inspirado a V. algún interés lo que decía en mi carta de ayer, es seguro que leerá con satisfacción lo que hoy voy a decirle sobre los adelantos que en la explotación de la mina de San Vicente ha hecho la Sociedad que actualmente la beneficia.

Aunque tiene pocos meses de existencia, son ya grandes las mejoras que ha introducido y todavía mayores las que tiene en cartera. Por de pronto, ha abierto nuevas y extensas galerías, y ha reforzado con gran solidez casi todas las antiguas, que estaban bastante abandonadas: ha aumentado el número de cubos y arroyos para el lavado de los minerales y hay construido un gran horno para la calcinación de las calaminas, operación que no se realizaba antes en dicho establecimiento. Además, y esto no es lo principal, han denunciado en los cerros y colinas inmediatas, y le han sido concedidas, las minas Pepita, Emilia, Victoria, Javiera, Desamparados y la Paloma, prometiéndose, tan pronto como comience la explotación de las dos primeras, construir nuevos lavaderos, a fin de duplicar los productos que hoy se obtienen, y aumentar en casi un doble el número de obreros que trabajan en ellas.

La producción actual puede calcularse en 130 quintales diarios de blenda, 90 de calamina y 15 de plomo, cuya extracción y limpieza da ocupación a 80 picadores, que trabajan en las galerías, a otros tantos mineros dedicados a la tria, lavados y calcinaciones, y a una porción de carreteros, arrieros y caballerías, dedicados de continuo al acarreo de los maderos que diariamente se consumen en las estibaciones o refuerzos de las galerías, y a la conducción de los minerales desde San Vicente a Lucena, y desde

ésta al puerto de Castellón, donde las calaminas y blendas son embarcadas directamente para Amberes, y los plomos para Almería.

Calcúlese sólo por estos datos la importancia que tiene ya para esta villa el trabajo de sus minas y las fuentes de riqueza que se abrirán para ella si a la explotación de San Vicente y la Encontrada, siguen la de las otras que tienen concedidas, tanto los Sres. Rogger y López, como otra porción de individuos y sociedades. Si hoy únicamente con dos establecimientos mineros en movimiento, encuentran trabajo más de 300 obreros, a poco más que se beneficien en la extensión que se hace el de San Vicente, esta población llegará a duplicarse, y acaso a dar vida a un nuevo pueblo en las propias fragosidades de la región minera. El tiempo dirá si dudo o veo acertado en mis vaticinios.

*

* *

Tres son las cosas de la mina de San Vicente que llaman la atención del profano y merecen los honores de una visita a ella: los lavados, las calcinaciones y el recorrido de sus principales galerías.

Los lavados tienen por objeto la separación de las escorias y materias extrañas adheridas a los plomos y blendas, y la de estos minerales que se dan siempre conjuntamente en esta comarca. La primera separación se hace en arroyos o canales de agua corriente, en las que se arroja el mineral en bruto, algo molido, del cual arrastra el agua las partes terrosas, quedando en el cauce los plomos y blendas, a causa de su mayor peso. Limpios unos y otros de materias extrañas, pero mezclados todavía entre sí, se les lleva a las cribas, que son unos cajones con fondo de tela metálica que encajan dentro de unas tinas llenas de agua, y donde, mediante un ligero movimiento de trepidación que se obtiene con una larga palanca, el plomo queda en el fondo de la criba y la blenda en la superficie.

La calcinación de las calaminas, cuya finalidad es la eliminación de las sustancias volátiles que contienen, tales como el ácido sulfúrico, el agua hidratada y el ácido carbónico, llévase a cabo en unos hornos parecidos a los que se emplean para la cocción de la loza, aunque algo más altos y abiertos por su parte superior. Colócase en ellos la calamina por capas de media vara de espesor y, entre éstas, una ligerísima de carbón cok molido que, al arder, produce la evaporación de los gases contenidos en las calaminas. Calcinado el material de la parte baja del horno, sácase a la vez por cuatro bocas o puertas que tiene éste en su base, lo cual produce una depresión en el colocado en la parte superior, que se llena a seguida con otras capas de calamina equivalentes a las que se han extraído.

*

* *

Por grandes que sean los alicientes de las calcinaciones y lavados, supera a unos y otras el recorrido de las minas por las diversas galerías que cruzan la montaña en todas sus direcciones, convirtiendo su interior en vastas catacumbas de un pueblo de trabajadores, para quienes el sol es un astro poco menos que desconocido. Yo no pude resistir la tentación de dar un paseo por ellas y, desafiando los peligros que en esto pudiera haber, lancéme resuelto a la boca o entrada más alta del cerro, decidido a recorrer las principales arterias.

Para realizar el paseo, tan pronto transpusimos el umbral de la mina, nos entregaron a cada uno un largo y estrecho candil de aceite, provisto de unas tenacillas para limpiar el pábilo de la mecha. Alumbrados por ellos, nos internamos en una vida oscurísima, cuya escasa elevación y anchura nos hizo pensar con angustia en las proporciones de las otras de menor importancia. A poco de andar por ella perdí de vista el orificio de entrada y desapareció la escasa claridad que por el mismo recibíamos. Por grandes que fueran mis

alientos, y lo eran muchos, al entrar, confieso sinceramente que, al perder toda relación con el mundo exterior y darme cabal cuenta de que me encontraba encerrado en las profundidades de la montaña, cuya pesadumbre sentía gravitar sobre mi, y donde cualquier accidente imprevisto podía sepultarme para siempre, se me sobrecogió el ánimo y sentí esos escalofríos propios de los grandes peligros de la vida. Pronto, no obstante, me repuse, gracias a las seguridades de todos los géneros que me dieron los guías, y pisando los talones de estos, fui recorriendo una sucesión de galerías que tan pronto subían y bajaban, como describían toda clase de ángulos y líneas geométricas, y a las que de continua veía afluir varios corredores, que más bien parecían guaridas de topos que caminos para seres humanos. En el fondo de algunos y la escasa luz de una lamparilla colgada en la roca, que apenas lograba disipar las tinieblas que reinaban en tales antros, veíanse algunas sombras golpeando con picos las paredes y produciendo ruidos secos y duros, que llegaban hasta nosotros, amortiguados por la distancia y espesor de los muros.

Tanto las galerías principales como algunas de las secundarias desembocan a su vez en unos pozos profundísimos abiertos en una misma línea y a 15 metros uno de otro, por donde, mediante tornos de mano, se bajan los minerales arrancados durante el día a un socavón, de cerca de medio kilómetro de longitud, abierto al nivel de los talleres y, donde, a su vez, los recibe una vagoneta que, deslizándose por una pequeña vía férrea, los acarrea al exterior. Pozos y galerías hállanse recubiertos de muros de piedra, y techumbres de maderos atravesados, que ocultan por completo, a los ojos del visitante, las canteras de mineral que existen detrás. Únicamente en los puntos donde se realizan los arranques o en aquellos otros donde la roca ofrece bastante dureza, se ven las entrañas del monte y, en ellas, los filones de calamina, blenda y plomo, a los que arrancaban vivos destellos las macilentas luces de nuestros candiles.

A la hora aproximadamente de haberla empezado, terminó la excursión. Ésta, aunque interesante y atractiva, resultóme pesada y molesta. No sólo había que andar casi siempre con la cabeza baja y, en algunos trechos, con el espinazo doblado, sinó que, con frecuencia, teníamos que franquear pequeños arroyos y terrenos fangosos, y descender violentas e irregulares escaleras, formadas algunas de ellas por simples travesaños de madera. Además, desde que penetramos en las galerías, comenzamos a respirar una atmósfera enrarecida y llena de gases nocivos y desagradables, sintiendo además un calor bochornoso, que fue disminuyendo a medida que se acentuaba el descenso y llegaron a nosotros las bocanadas del aire oxigenado y fresco del exterior que los pulmones aspiraron con delicia.

*

* *

Al salir, una impresión inefable de satisfacción y bienestar invadió mi ser, que pareció despertar entonces de una horrible pesadilla. El aire figuróseme más puro, la luz más intensa, la vegetación más lozana, los sonidos más armoniosos, la naturaleza, en fin, más alegre y bella que antes de penetrar en la mina. Un himno a la vida, himno triunfal y vibrante parecióme que emanaba de toda ella, elevándose hasta el Supremo Hacedor, que tan hermosa y riente la había creado. Yo le entoné también desde el fondo de mi alma, a la vez que de todo corazón compadecía a aquellos semejantes que dejaba encerrados en las profundidades del cerro privados casi todo el año de tan encantador espectáculo.

UN VERANEANTE

(Las Provincias. N° 12812. Día 24 de setiembre de 1901)